

Antología de textos clásicos

Pígalión

- Pígalión, puesto que había visto a las mujeres pasar la vida en medio de la depravación, ofendido por los numerosos vicios que la naturaleza dio al alma femenina, vivía soltero y sin esposa y durante largo tiempo careció de compañera de lecho. Entretanto, con arte admirable esculpió con éxito un marfil níveo y le dio una hermosura con la que ninguna mujer nacer puede, y de su obra se enamoró.

[...] Había llegado la fiesta de Venus, muy celebrada en toda Chipre, y, golpeadas en su níveo cuello, habían caído novillas cubiertas de oro en sus recientes cuernos y los inciensos humeaban cuando, tras cumplir su ofrenda, ante el altar se detuvo y tímidamente dijo Pígalión: «Dioses, si podéis concederle todo, deseo que sea mi esposa», sin atreverse a decir «la joven de marfil», dijo «semejante a la de marfil». La áurea Venus, como que ella misma asistía a sus fiestas, percibió cuáles eran las intenciones de aquella súplica y, como augurio de su amiga divinidad, la llama se encendió tres veces y su punta llevó por los aires. Cuando volvió, buscó Pígalión la estatua de su amada y, echándose en el lecho, le besó los labios; le pareció que estaba templada; le allega de nuevo la boca, con sus manos también le toca los pechos. Al ser tocado se ablanda el marfil y, perdiendo su rigidez, se asientan sus dedos en él y cede [...]. Mientras se queda atónito y se alegra entre dudas y teme engañarse, una y otra vez toca el amante con la mano el objeto de su deseo; era de carne y hueso; laten las venas al contacto con el pulgar. Entonces en verdad el Pafio pronuncia palabras plenisimas con las que dar las gracias a Venus, y oprime su propia boca sobre esa boca finalmente no falsa y la joven sintió los besos y enrojeció y, levantando sus tímidos ojos hacia la luz, a la vez que al cielo vio a su enamorado. A la boda, que ella había provocado, asiste la diosa y, ya cerrados los cuernos de la luna en un disco completo nueve veces, ella dio a luz a Pafos, de la cual tiene la isla el nombre.

Ovidio, *Metamorfosis* X, 243 y ss

Cuenta Ovidio que Pafos tuvo un hijo, Cíniras, que llegó a ser rey de Chipre. Cíniras se casó con Cencreis y tuvieron una hija, Mirra. Cíniras buscó pretendientes a su hija pero dentro de Mirra había nacido un amor prohibido, inspirado por la diosa Venus, hacia su propio padre. Cuando Cencreis se ausentó para celebrar las fiestas anuales en honor a Ceres, Mirra, ayudada por su nodriza, se unió a Cíniras, embotado por el vino. El rey acabó descubriendo el crimen y trató de matar a su hija, pero Mirra consiguió huir. Los dioses se apiadaron de la joven y, embarazada, la convirtieron en el árbol de la mirra. De la corteza del árbol nació el hermoso Adonis, que enamoró a la diosa Venus, pero su amor no tuvo un final feliz.

Los perros, siguiendo unas huellas seguras, hicieron salir de su escondrijo a un jabalí y el joven hijo de Cíniras lo atravesó con un golpe oblicuo. En seguida se sacudió con su curvo hocico el dardo teñido de sangre y el feroz jabalí persigue al que tiembla y busca un lugar seguro, y bajo la ingre le clava todos los dientes y en la rojiza arena, moribundo, lo dejó tendido. Llevada en su ligero carro por en medio de los vientos, Venus no había llegado aún a Chipre con las alas de sus cisnes. Reconoció desde lejos el gemido del moribundo y hacia allí giró sus blancas aves y, cuando desde el alto éter lo vio sin vida y agitando su cuerpo en su propia sangre su cuerpo, saltó y desgarró su

regazo y sus cabellos y golpeó su pecho con sus manos que no debían hacerlo, y lamentándose por el destino dijo: «Pero, aun así, no todas las cosas estarán bajo tu jurisdicción. Siempre permanecerá el recuerdo de este dolor, Adonis, y la imagen repetida de tu muerte realizará una representación anual de mi duelo. Mas la sangre en flor se mutará [...]». Diciendo así, roció su sangre con néctar perfumado, la que, teñida de él, se hinchó así como en el rojizo cielo suele levantarse totalmente transparente una burbuja, y no pasó más de una hora entera cuando brotó una flor del mismo color que la sangre, como la que suelen producir los granados que ocultan su grano bajo la pegajosa corteza. Aun así es breve su disfrute, pues los mismos vientos que le prestan su nombre arrancan a la que está mal prendida y que pronto caerá por su excesiva levedad.

Ovidio, *Metamorfosis* X, 298 y ss